

Reseña

Aris Komporozos–Athanasiou

Comunidades especulativas. Vivir con incertidumbre en un mundo financierizado

1a edición. C.A.B.A. Ediciones Tinta Limón. Traducción de Ezequiel Gatto y Verónica Gago. 264 págs. ISBN 978-631-6507-38-9

Reseña de Martín José Novak
Universidad Nacional de La Plata

La economista Susan Strange denominó *capitalismo de casino* (*Casino Capitalism*, 1997) a la nueva realidad global surgida de las sucesivas transformaciones que el capitalismo global venía experimentando desde los años setentas: acelerada y muy expansiva de la financierización del capital, preferencia por especulaciones de corto plazo y otras, que incrementaron la volatilidad y las incertidumbres respecto de los resultados que podían obtenerse de las cada vez más amplias transacciones. Este movimiento se aceleró cuando EEUU, y tras ellos toda la economía del mundo capitalista, abandonó el patrón oro establecido en Bretton Woods. Con aguda ironía Strange sintetizó la principal diferencia entre los casinos de veras y el capitalismo de casino: a los primeros se ingresa voluntariamente, al otro no.

El auge del negocio financiero puede ser visto como una respuesta del gran capital a la caída global de la tasa de ganancia en los veinte años siguientes.

Al calor del redespigue geográfico del capitalismo industrial hacia el este asiático, el capitalismo productivo se transformó, apoyado en los grandes bancos de inversión, en capitalismo financiero. Hasta entonces las finanzas habían desempeñado un papel de complemento respecto del capitalismo manufacturero y el comercial; ahora adquirirían un rol protagónico. La flotación del dólar abrió las puertas al negocio especulativo de las transacciones en tasas de cambio y tipos de interés, emisión de bonos, diseño de nuevos instrumentos de deuda, etc. que favorecieron gigantescas ganancias y estruendosos derrumbes –como la crisis de la libra esterlina en 1992 o el de nuestra vieja conocida banca Baring en 1995–; ganancias y derrumbes que se registraban de manera conjunta y con causalidades recíprocas.

La especulación sobre el valor futuro de activos actuales existía por lo menos desde mediados del siglo XIX, referida básicamente a *commodities* de origen mineral o agropecuario; ahora las grandes apuestas del *casino* tenían por objeto activos financieros. A fines de la década de 1990 las transacciones financieras alcanzaron valores varias veces superiores a los de la producción y el comercio mundiales. Nuevos desarrollos tecnológicos facilitaron ese crecimiento y aceleraron la velocidad de las transacciones y de las transformaciones subsiguientes. La globalización del capitalismo fue ante todo globalización de las finanzas apoyada por el crecimiento exponencial de la liquidez y nuevos desarrollos tecnológicos que hacían posible obtener gigantescas ganancias en el corto plazo sin correlativo incremento en la producción. La crisis de las firmas “punto.doc” de inicios del 2000, prolongada hasta fines del 2002 (entre ambas fechas el índice tecnológico NASDAQ cayó casi 80% de su valor inicial), y años después el estallido de la burbuja de las hipotecas “tóxicas”, pusieron en evidencia la fragilidad o, si se prefiere, el alto nivel de riesgo que implicaban las estrategias asentadas en la especulación financiera.

Comunidades especulativas, del economista y sociólogo griego Aris Komporozos-Athanasiou, puede ser leído como una reflexión sobre el incremento de la “incertidumbre en un mundo financierizado” –según reza el subtítulo– producto por las metamorfosis resumidas en los párrafos anteriores y como un fresco de los efectos generados por ese incremento. El libro enfoca algunos de los efectos de esa metamorfosis en la subjetividad humana, en los imaginarios, en las interacciones sociales, en las relaciones de las personas con las cosas. En particular, en las respuestas individuales y colectivas al efecto de esos cambios y más específicamente a la aparentemente vertiginosa celeridad con que se desenvuelven como efecto de cambios tecnológicos.

El autor se apoya en dos obras que alcanzaron mucha y justa notoriedad a poco de aparecer: *La institución imaginaria de la sociedad*, de Cornelius Castoriadis (1975) y *Comunidades imaginadas*, de Benedict Anderson (1983). A partir de esa referencia inicial sostiene que la impronta especulativa de las finanzas moldea los mitos colectivos de las sociedades contemporáneas; la omnipresencia de la razón financiera desplaza las comunidades imagina-

rias de épocas anteriores (la nación, la *ecclesia*, el estado...) e instala verdaderas *comunidades especulativas*. “El *homo economicus* (impulsado por la racionalidad económica), ya no existe, reemplazado por el *homo speculans* (impulsado por la imaginación)” (p. 15).

De manera similar al ocultamiento de las desigualdades de poder en la comunidad imaginada del libro de Anderson –la nación–, las comunidades especulativas “extienden su propio velo sobre las asimetrías de poder”, pero ya no a través de las tecnologías propias de la revolución industrial sino “en las vastas redes de código computacional, sensores y análisis de *back-end*” (p. 47). Las relaciones de producción capitalistas, las tecnologías de impresión y la incertidumbre legada por el colapso de las certezas globales –“el mundo puesto de cabeza” según el memorable estudio de Christopher Hill sobre las reacciones populares durante la revolución inglesa en el siglo XVII– fueron los elementos centrales de la construcción de la nación como comunidad imaginada. Ahora, las comunidades especulativas, “(...) pueden entenderse a través de la evolución de *cada uno* de esos tres elementos centrales: las relaciones financierizadas entre sujetos especulativos, las tecnologías de medios digitales y computacionales, y las nuevas incertidumbres radicales precipitadas por el estancamiento de la promesas neoliberales”.

Komporozos–Athanasios emplea la denominación tecnologías especulativas para “dar cuenta del dramático crecimiento de las tecnologías digitales, algorítmicas y computacionales mercantilizadas que ha tenido lugar a lo largo de las primeras dos décadas del siglo XXI”. Las empresas detrás de estas tecnologías están, a su vez, profundamente financierizadas, generando una reserva de capital enorme, no orientada a la producción, móvil y en continua expansión; una reserva que reside en manos de fondos de cobertura privados, grandes bancos de inversión y las divisiones financieras de las principales corporaciones (*apud* Lavapitsas 2013). Esto conduce a una “creciente convergencia de la financierización y la digitalización, que influye en las relaciones sociales y en la formación del sentido de sí mismo contemporáneo.” (103). El individuo se impone al colectivo y la imaginación de un interés individual priva sobre la imaginación de intereses públicos (*apud* Lipuma & Lees). En estas condiciones lo imaginario abandona aquello a lo que refería la innovadora obra de Castoriadis; en la versión de Komporozos–Athanasios se aproxima a las apuestas del capitalismo de casino del libro de Strange hasta prácticamente identificarse con ellas, desplazamiento que involucra ya no únicamente la probabilidad de tener éxito en un negocio u operación financiera sino en cuestiones tan personales como el armado de parejas y los portales de citas, o la preocupante expansión de las plataformas de apuestas referidas a todos los aspectos de la vida (129 y sigs.).

El libro se ubica en el terreno de los estudios culturales, compartiendo en su enfoque y en el recurso a una vasta lista de referencias biblio–hemerográficas muchas de las características teórico–metodológicas del post estructuralismo, en particular el desinterés –en el sentido de marginación del análisis– por las configuraciones históricas, macroeconó–

micas y macrosociales a partir de las cuales los individuos, grupos y las organizaciones que ellos crean o de las que participan –y éstas también tributarias de contextos determinados– dan lugar y alcances a la cultura en su acepción más amplia, a los imaginarios y las aspiraciones de los seres humanos.

En particular llama la atención que en el amplio panorama presentado por el autor haya tan poca indagación por la relación de la financierización del capital y las innovaciones tecnológicas, y las decisiones adoptadas desde el poder político. Tributario del enfoque aludido, el libro reduce la ocurrencia de los hechos que motivan su interés a cuestiones en definitiva técnicas, al margen de las relaciones de poder entre los actores involucrados en ellas y los intereses (nacionales, de clase, empresariales o los que fueran) que impulsan esos desarrollos y sus aplicaciones. Hay una dedicación a los artefactos y procesos tecnológicos que contrasta con el poco análisis de las condiciones político-institucionales que enmarcan determinadas decisiones, por más que se trate de una relación de recíproca implicancia.

En este particular es evidente que el autor admite sin distancia analítica ni juicio crítico la mayor parte de la literatura de la que nutre su aproximación al tema. En esta línea, comparte la afirmación de Feher (2018) que “las luchas especulativas en torno a la solvencia crediticia de los individuos y el valor de los activos de las organizaciones sustituyen a los conflictos tradicionales entre el trabajo asalariado y el capital”. Una afirmación que toma en su literalidad sin tener en cuenta, aparentemente, las tremendas implicancias de esa afirmación (¿el fin del capitalismo? ¿la hibridez del *tecnofeudalismo* que conjuga retorno al pasado de la mano de lo más avanzado en tecnología? ¿el enmascamiento de la asimetría de la relación laboral de los “colaboradores” de las empresas de plataforma?

Lo mismo cabe preguntarse de su propia declaración del fin del *homo oeconomicus* en tanto portador de una supuestamente desaparecida racionalidad económica. El autor reconoce el origen liberal de la figura del *homo oeconomicus* pero al mismo tiempo acepta el mito neoclásico de una toma de decisiones liberada de cualquier consideración ajena a la economía. Recordemos que el propio Adam Smith reconoció el peso de una variedad de factores ideológicos y políticos, incluyendo convencionalismos sociales, en la decisión y el modo de individuos y gobiernos de definir y perseguir sus intereses. Por su parte, la caracterización del *homo especulans* tienta a asignarle a este personaje una propensión de “tirarse a la piletta sin mirar si tiene agua”, según reza el dicho popular: desconoce por ejemplo el cálculo de probabilidades al que de manera más o menos sofisticada apela siempre la especulación con el fin de reducir el margen de incertidumbre: desde la opinión de algún amigo o familiar hasta los esfuerzos desarrollados por las nuevas técnicas estadísticas de la banca financiera y las compañías de seguros. Vale decir apoyar la especulación en algún tipo de conocimiento remitible a algún tipo de racio-

alidad. Esa es precisamente una de las grandes utilidades de la IA, con su capacidad de procesar y dar acceso en cuestión de segundos a una cantidad gigantesca de información de acuerdo a demanda.

Destaca asimismo la ausencia de la política, tanto como elemento de intervención que contribuye a gestar esas comunidades, como para restañar costos y daños derivados de la especulación financiera. La financierización del capitalismo obedeció a una dinámica interna del mismo no más que a la creación de sus condiciones de expansión por decisiones políticas de algunos gobiernos. El caso estadounidense es especialmente ilustrativo. En 1933, tras la gran crisis de 1929, el gobierno Franklin D. Roosevelt promovió la aprobación de la ley Glass-Steagal, que separaba la banca comercial de la banca financiera, limitando considerablemente el impacto de la especulación financiero de gran magnitud en los ahorros de las familias y los consumidores. La ley contribuyó a brindar estabilidad a la economía estadounidense durante décadas, aún durante la guerra; su derogación en 1999, impulsada por los grandes bancos durante el gobierno de Bill Clinton, liberó de trabas institucionales a la especulación financiera de los grandes operadores. Algunos años más tarde la Reserva Federal bajó drásticamente las tasas de interés; con esa medida ambos partidos en el Congreso así como el gobierno de George W. Bush alentaron que el crédito fluyera hacia el mercado de vivienda, para impulsar la creación de una “sociedad de propietarios”. Los prestamistas emitieron hipotecas con largueza, a menudo a sectores pobres o a trabajadores con poca probabilidad de enfrentar los pagos.

En resumen: a partir de una necesidad objetiva de las clases medias y bajas, decisiones políticas habilitaron los medios para potenciar la especulación financiera de los grandes bancos y agentes financieros; cuando en 2008-2009 la crisis de las llamadas hipotecas tóxicas detonó, el gobierno del presidente Obama intervino para rescatar a los bancos y garantizar nuevos préstamos. Tras la quiebra de 600 billones de dólares de Lehman Brothers, en coordinación con bancos centrales de otros países, el gobierno federal ofreció 700 billones en rescates a bancos y trillones en garantías a préstamos y se hizo cargo de trillones de dólares que figuraban en los libros de algunas de las mayores (y hasta entonces más rentables) corporaciones del país. La deuda fue absorbida por el gobierno federal; antes de la crisis los activos de la Reserva Federal sumaban u\$s 900 billones, a principios de 2010 llegaban a u\$s 2,3 trillones y hacia fines de 2014 rondaban u\$s 4,4 trillones, nivel que se mantuvo hasta el estallido del COVID 19.

De acuerdo a la crónica de McKenzie y Silverman la gigantesca emisión de dinero requerida para ese salvamento fue uno de los elementos que poco tiempo después hicieron posible el auge de las criptomonedas (Easy Money. Crypto Currency, Casino Capitalism, and the Golden Age of Fraud, 2024). La aparición del movimiento *Occupy Wall Street* en 2011 fue una reacción al salvataje estatal de los grandes operadores financieros a expensas

de los más pequeños, que perdieron sus viviendas, sus ahorros, sus jubilaciones. Como se sabe, el estallido de la burbuja financiera se tradujo rápidamente en una crisis económica que sacudió a varias de las mayores economías capitalistas del globo.

Llama la atención por lo tanto la desatención del libro en lo referente a los factores políticos, las relaciones de fuerza y los conflictos de interés que dan pie a las comunidades especulativas y a los sujetos especulantes. Aquellas aparecen como nebulosas que homogenizan las diferencias que existen en su interior, y estos son, parafraseando a Marcuse, seres unidimensionales sin identidad (étnica, de género, de clase, etaria...), unas y otros producto de las nuevas tecnologías desarrolladas y aplicadas con no se plantea qué objetivo o interés, por quién o quiénes y a expensa de quién o quiénes. La obra es así de valor por su dimensión descriptiva, pero para ello paga el tributo desentenderse de los escenarios y condicionamientos que enmarcan los fenómenos descriptos.